

tanto peor! Vamos, despedido, destituido, expulsado! está bien. Tengo brazos, trabajaré en la tierra, me es igual. Señor alcalde, el bien del servicio exige un ejemplo. Yo pido sencillamente la destitucion del inspector Javert.

Todo esto lo pronunciaba él con un acento humilde, desdenoso, desesperado y convicto, que daba cierto carácter de rara y extraña grande a á aquel singular hombre de bien.

— Ya veremos eso, dijo el señor Magdalena.

Y le alargó la mano.

Javert dió un paso atras, y dijo con un tono huraño:

— Perdone usted, señor alcalde, eso no debe ser. Un corregidor no da nunca la mano á un espion.

Y añadió entre dientes:

— Espion, sí: desde el momento en que he abusado de la policia, ya no soy sino un espion.

En seguida saludó profundamente, y se dirigió hácia la puerta.

Llegado allí, volvió la cara, y con la vista siempre baja:

— Señor alcalde, dijo, continuaré haciendo el servicio hasta que sea reemplazado.

Y se marchó. El señor Magdalena quedó caviloso y escuchando aquel paso firme y seguro que se alejaba por las baldosas del corredor.

LIBRO SÉPTIMO

EL PROCESO CHAMPMATHIEU

SOR SIMPLICIA

Los incidentes que van á leerse no han sido todos conocidos en M.; pero lo poco que de ellos ha transpirado ha dejado en aquella villa tales recuerdos, que quedaria un vacío en este libro si no los refiriésemos en sus menores detalles.

En estos detalles hallará el lector dos ó tres circunstancias inverosimiles que conservamos sin embargo por respeto á la verdad.

Á eso de las doce del dia siguiente al de la visita de Javert, fué el señor Magdalena á ver á Fantina como de costumbre.

Antes de entrar donde ella estaba, preguntó por sor Simplicia.

Las dos religiosas que hacían el servicio de la enfermería, damas lazaristas como todas las hermanas de caridad, se llamaban sor Perpétua y sor Simplicia.

Sor Perpétua era como una aldeana cualquiera, groseramente hermana de caridad, entrada en la casa de Dios como se entra al servicio de cualquiera otra casa.

Era religiosa, como pudiera haber sido cocinera. Este tipo no es del todo raro. Las órdenes monásticas aceptan de buen grado ese tosco vidriado de aldea, tan fácil de amoldarse de capuchino como de ursulina. Son materia rústica que se utiliza para las rudés tareas propias de la devoción. La transición de un gañan en un carmelita nada tiene de chocante; sin gran dificultad, se convierte el uno en el otro; el fondo común de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparación enteramente dispuesta, y que coloca en seguida al campesino á igual altura que el fraile. Un poco más de amplitud á la anguarina, y se convierte en capilla. Sor Perpétua era una monjaza enorme, de Marines cerca de Pontoise, hablando su dialecto provincial, salmodiando, gruñendo, azucarando las tisanas según la mojigatería ó la hipocresía del paciente, riñendo á los enfermos, regañando á los moribundos, arrojándoles casi el santo cristo á la cabeza, apedreando á la agonía con sus rezos enfadosos, atrevida, honrada y coloradota.

Sor Simplicia era blanca, con una blancura de cera. Al lado de sor Perpétua, parecía el cirio junto á la vela de sebo. Vicente de Paul fijó de una manera divina la figura de la hermana de caridad en estas admirables palabras, en las cuales mezcla tanta libertad con tanta servidumbre: «No tendrán otro monasterio que la casa de los enfermos, otra celda que un cuarto alquilado, otra capilla que la iglesia de su parroquia, otro claustro que las calles del

» pueblo, ó las salas de los hospitales, otra clausura que la obediencia, otra verja que el santo temor de Dios, otro velo que la modestia. » Este ideal hallábase vivo y manifiesto en sor Simplicia. Nadie habría podido decir su edad; nunca había sido jóven, y parecía que jamás debería ser vieja. Era una persona, — no nos atrevemos á decir una mujer, — afable, austera, de buena sociedad, fría, y que no había mentido nunca. Tan suave, que parecía frágil; y sin embargo, más sólida que el granito. Tocaba á los desgraciados con sus hermosos dedos, finos y puros. Había, por decirlo así, silencio en sus palabras; hablando justamente lo necesario; y tenía un metal de voz que habría á la vez edificado á un confesonario y embelesado á un salón. Esta delicadeza se avenía bien sin embargo con la saya burda, encontrando en aquel rudo contacto un recuerdo continuo del cielo y de Dios. Insistamos en un detalle. No haber mentido jamás; no haber dicho nunca, en un interés cualquiera, ni áun indiferentemente, una cosa que no fuese la verdad, la santa verdad, era el carácter distintivo de sor Simplicia; el acento de su virtud. Había adquirido cierta celebridad en la congregación por esta veracidad imperturbable. El abate Sicard habla de sor Simplicia en una carta al sordo-mudo Massieu. Por más sinceros y puros que seamos, todos tenemos en nuestro candor la hendidura de la incente mentirilla. Ella, ni áun esto tenía. Mentirilla, mentira inocente, existe esto por ventura? Mentir, es el absoluto del mal. Mentir poco no es posible; el que miente, miente con toda la mentira; el mentir, es el rostro mismo del demonio; Satanás tiene dos nombres, llámase Satanás y llámase también Mentira. Hé aquí cómo ella pensaba; y del mismo modo que pensaba, así obraba; resultando de aquí aquella blancura de que hemos hablado ántes, blancura que cubría con su brillo hasta sus labios y sus ojos. Su sonrisa

era blanca, su mirada blanca tambien. No habia ni una telaraña, ni un grano de polvo en el cristal de aquella conciencia. Al entrar en la obediencia de San Vicente de Paul, tomó el nombre de Simplicia por especial eleccion. Simplicia de Sicilia, como es sabido, es aquella que prefirió dejarse arrancar los dos pechos ántes que declarar, habiendo nacido en Siracusa, que habia nacido en Segesta, mentira que la habria salvado. Tal patrona convenia á tal alma.

Al tiempo de entrar en la órden, sor Simplicia tenia dos defectos de los cuales se habia ido corrigiendo poco á poco : habia sido muy aficionada á golosinas, y tambien gustaba mucho de recibir cartas. Jamas leia otra cosa que un libro de oraciones en latin é impreso en gruesos caracteres. Ella no comprendia el latin, pero comprendia el libro.

Esta piadosa mujer habia tomado afeccion á Fantina, vislumbrando allí probablemente la virtud latente, y se habia consagrado á cuidarla de un modo casi exclusivo.

El señor Magdalena llamó aparte á sor Simplicia y le recomendó á Fantina con un acento singular, que la religiosa pudo explicarse despues.

Al separarse de la hermana, se acercó á Fantina.

Fantina esperaba cada dia la aparicion del señor Magdalena como se espera un rayo de calor y de gozo; y solia decir á las hermanas : — Yo no vivo sino cuando el señor alcalde está aquí.

Aquel dia tenia ella mucha calentura. Desde el momento en que vió al señor Magdalena, le preguntó :

— ¿Y Coseta?

Él respondió sonriendo :

— Muy pronto.

El señor Magdalena estuvo con Fantina como de costumbre : sólo que, en vez de média hora, este dia permaneció una hora, con gran contento de Fantina. Reiteró mil instancias á todo el mundo para que nada faltase á

la enferma. Notóse que hubo un momento en que su semblante se puso sombrío en extremo. Pero esto se explicó cuando se supo que el médico le habia dicho al oído : — Va decayendo mucho.

En seguida volvió á entrar en la alcaldía, y el mozo del despacho le vió examinar con atencion un mapa que marcaba los caminos y carreteras de Francia, el cual se hallaba colgado en su gabinete. Tambien le vió escribir algunos números con lápiz en un papel.

PERSPICACIA DE MAESE SCAUFFLAIRE

Desde la alcaldía se dirigió al extremo de la población, á casa de un flamenco, maese Scaufflaer, afrancesado Scaufflaire, que alquilaba caballos y « cabriolés á voluntad ».

Para ir á casa de este Scaufflaire, el camino más corto era tomar una calle poco frecuentada donde estaba el presbiterio de la parroquia á la cual pertenecía el señor Magdalena. El cura de esta parroquia era, segun decian, un digno y respetable varon, sabio y sano en sus consejos. En el instante en que el señor Magdalena llegó frente al presbiterio, no habia sinó un sólo transeunte en la calle, y este transeunte notó lo que sigue: despues de haber pasado más allá de la casa parroquial, se detuvo, permaneciendo inmóvil unos instantes; en seguida volvió hácia atras, desandando su camino hasta llegar otra vez á la puerta del presbiterio, que era una puerta falsa con un

aldabon de hierro. Echó mano vivamente al aldabon, y le levantó; despues se detuvo de nuevo, quedando como cortado y pensativo; y pasados algunos segundos, en vez de dejar caer bruscamente el aldabon, le hizo reposar con tiento, y volvió á proseguir su camino con una especie de premura que no habia mostrado ántes.

El señor Magdalena encontró á maese Scaufflaire en su casa, ocupado en respuntar una gualdrapa.

— ¿Maese Scaufflaire, preguntó, tiene usted un buen caballo?

— Señor alcalde, respondió el flamenco, todos mis caballos son buenos. ¿Qué es lo que usted entiende por un buen caballo?

— Entiendo un caballo que pueda hacer veinte leguas en un dia.

— ¡Diantre! dijo el flamenco, ¡veinte leguas!

— Sí.

— ¿Enganchado á un cabriolé?

— Sí.

— ¿Y cuánto tiempo descansará despues de esa carrera?

— Es preciso que pueda, si fuese necesario, volver á partir al dia siguiente.

— ¿Para hacer la misma caminata?

— Sí.

— ¡Diantre! ¡diantre! ¿y son veinte leguas?

El señor Magdalena sacó de su bolsillo el papel en que habia trazado con lápiz algunos guarismos; los enseñó al flamenco; eran los números 5, 6, 8 $\frac{1}{2}$.

— Vea usted, dijo. Total, diez y nueve y média; tanto vale decir veinte leguas.

— Señor alcalde, repuso el flamenco, tengo lo que usted necesita. Mi jaquita blanca; usted ha debido verla pasar algunas veces, es una linda bestiecita del Bas-Boulonnais, llena de fuego. Primero quisieron hacer de ella un

caballo de silla. ¡Qué! coceaba y arrojaba al suelo á todo el mundo. La creían viciosa, y no sabían qué hacer de ella. Yo la compré, y la destiné al cabriolé. Pues, señor, eso es lo que ella queria; es mansa como una mozueta, y corre lo mismo que el viento. ¡Ah! pero cuidado con que nadie se le monte sobre el lomo. No es su vocacion el ser ensillada. Cada uno tiene sus ambiciones. Tirar, sí; conducir no: preciso es que ella se haya echado esa cuenta.

— ¿Y hará la caminata?

— Las veinte leguas, siempre al gran trote, y en ménos de ocho horas. Pero hé aquí con qué condiciones.

— Diga usted.

— En primer lugar, la hará usted tomar respiro, durante una hora, á la mitad del camino; comerá, y será preciso estar delante mientras coma, para impedir que el mozo de la posada le robe su avena; pues yo he notado que, en las posadas, la avena suele ser más bien bebida por los mozos de la caballeriza que comida por los caballos.

— Se estará delante.

— En segundo lugar... ¿es para el señor alcalde este cabriolé?

— Sí.

— ¿El señor alcalde sabe conducirlo?

— Sí.

— Pues bien, el señor alcalde viajará solo, y sin equipaje, á fin de no cargar al caballo.

— Convenido.

— Pero como el señor alcalde no lleva á nadie consigo, se verá precisado á tomarse la molestia de vigilar él mismo la avena?

— Está dicho.

— Necesitaré treinta francos diarios, y los días de descanso pagados como los demás. Ni un ochavo ménos; y el pienso de la bestia va también á cargo del señor alcalde.

El señor Magdalena sacó tres napoleones de oro de su bolsa y los puso sobre la mesa.

— Ahí tiene usted dos días adelantados.

— En cuarto lugar, para una viajata semejante, sería demasiado pesado un cabriolé, y cansaría al caballo. Será menester que el señor alcalde consienta en viajar en un pequeño tilbury que aquí tengo.

— Consiento.

— Es muy ligero, pero descubierta.

— Me es igual.

— ¿Ha reflexionado bien el señor alcalde que estamos en invierno?...

El señor Magdalena no respondió; y el flamenco prosiguió:

— ¿Que hace muchísimo frío?

El señor Magdalena guardó silencio.

Maese Scaufflaire continuó:

— ¿Que puede llover?

El señor Magdalena levantó la cabeza y dijo:

— El tilbury y el caballo se hallarán á mi puerta mañana á las cuatro y media de la madrugada.

— Es cosa convenida, señor alcalde, respondió Scaufflaire, y despues raspando con la uña de su dedo pulgar una mancha que había en la mesa, añadió con ese tono indiferente que los flamencos saben tan bien mezclar con la sutileza:

— ¡Pero hé aquí en lo que yo pienso ahora! el señor alcalde no me ha dicho todavía adónde va. ¿Adónde se dirige el señor alcalde?

En nada pensaba él tanto como en esto desde el principio de la conversacion; pero no sabía él por qué no se había atrevido á hacer esta pregunta.

— ¿Tiene su caballo de usted buenas patas delanteras? preguntó el señor Magdalena.

— Sí, señor alcalde. Tendrá usted que sostenerle un poco al bajar las cuestas. ¿Hay muchas cuestas desde aquí adónde usted va?

— No se olvide usted de hallarse á la puerta de mi casa á las cuatro y media de la mañana, en punto, respondió el señor Magdalena, y se marchó.

El flamenco quedó « hecho un bestia, » como él mismo decía algun tiempo despues.

Dos ó tres minutos hacía que el señor alcalde habia salido, cuando volvió á abrirse la puerta: era el señor alcalde.

Siempre presentaba el mismo aspecto impasible y preocupado.

— Señor Scaufflaire, dijo, ¿en cuánto estima usted el caballo y el tilbury que me alquila, llevando el uno al otro?

— Tirando el uno del otro querrá usted decir, señor alcalde, repuso el flamenco dando una risotada.

— Sea. ¿Y bien?

— ¿Es que el señor alcalde quiere comprármelos?

No, mas para todo evento, quiero garantizárselos á usted. Á mi vuelta, me devolverá usted la suma. ¿En cuánto estima usted cabriolé y caballo?

— En quinientos francos, señor alcalde.

— Aquí los tiene usted.

El señor Magdalena puso un billete de banco sobre la mesa, y salió en seguida, esta vez ya para no volver.

Maese Scaufflaire sintió muchísimo no haberle pedido mil francos. Por lo demás, caballo y tilbury juntos podrían valer unos cien escudos de plata.

El flamenco llamó á su mujer y la refirió la aventura. ¿Adónde diablos irá el señor alcalde? Celebraron consejo. — Va á Paris, dijo la mujer. — No lo creo, contestó el marido. El señor Magdalena habia olvidado sobre la chimenea el papel en que él habia trazado algunos números. El flamenco le cogió y se puso á estudiarlo.

— ¿Cinco, seis, ocho y media? esto debe indicar paradas de posta; y volviéndose hácia su mujer: — Ya lo he encontrado, dijo. — ¿Cómo? — Cinco leguas hay de aquí á Hesdin, seis de Hesdin á Saint-Pol, ocho y media de Saint-Pol á Arras. Sin duda va á Arras.

Entre tanto el señor Magdalena habia entrado en su casa. Para volverse de casa de maese Scaufflaire, habia tomado el camino más largo, como si la puerta del presbiterio hubiera sido para él una tentacion que hubiese querido evitar. Habia subido á su cuarto y encerrádose en él, lo que parecia muy sencillo y natural, pues solia acostarse temprano. Sin embargo, la portera de la fábrica, que era al mismo tiempo la única criada del señor Magdalena, observó que su luz se apagó á las ocho y media, y dijo al cajero que entraba algun tiempo despues: — ¿Es que el señor alcalde está malo? yo le he hallado un aspecto algo extraño.

Habitaba este cajero un aposento situado precisamente debajo de el del señor Magdalena. No hizo gran caso de las palabras que le dijo la portera, se acostó y se durmió. Pero á eso de la media noche, despertó bruscamente, habiendo oido entre sueños cierto ruido encima de su cabeza; se puso á escuchar. Eran pasos que iban y venian, como de persona que andaba en el cuarto de arriba. Escuchó con más atencion, y reconoció los pasos del señor Magdalena. Parecióle esto extraño; pues de ordinario no se hacía nunca ruido ninguno en las habitaciones de señor Magdalena ántes de la hora de levantarse. Un momento despues, oyó el cajero algo que parecia un armario que se abre y se vuelve á cerrar. En seguida se agitó un mueble, y pasado un momento de silencio, recomenzaron los pasos. El cajero se sentó sobre la cama, despertó enteramente, miró, observó y por entre las vidrieras de su ventana vió en la pared de enfrente el reflejo

rojizo de una ventana alumbrada. Según la dirección de los rayos, no podía ser otra que la ventana del cuarto del señor Magdalena. El reflejo temblaba como si emanara más bien de una lumbre que de una luz. La sombra de las junturas de los cristales no se dibujaba, lo cual parecía indicar que la ventana estaba enteramente abierta. Con el frío que hacía, aquella ventana abierta era sorprendente. El cajero sin embargo volvió á dormirse. Al cabo de una ó dos horas despertó de nuevo. Los mismos pasos, lentos y regulares, iban y venían siempre sobre su cabeza.

El reflejo se dibujaba aún en la pared opuesta, pero ahora era ya un reflejo pálido y suave, como el de una lámpara ó de una bujía. La ventana permanecía siempre abierta.

Hé aquí lo que pasaba en el cuarto del señor Magdalena.

III

UNA TEMPESTAD BAJO UN CRÁNEO

Sin duda el lector ha adivinado que el señor Magdalena no es otro que Juan Valjean.

Ya hemos mirado nosotros en las profundidades de aquella conciencia; ha llegado el momento de mirar aún otra vez. No lo hacemos sin emoción y sin estremecernos. No hay nada más aterrador que esta especie de contemplación. La vista del espíritu no puede hallar en ninguna parte mayores perturbaciones ni más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en ningún objeto que sea más formidable, más complicado, más misterioso y más infinito. Hay un espectáculo más grande que el mar, el cielo; hay un espectáculo más grande que el cielo, el interior del alma.

Hacer el poema de la conciencia humana, aún cuando no fuera sino á propósito de un solo hombre, aunque fuera á propósito del más infimo de los hombres, sería fundir todas las epopeyas en una epopeya superior y definitiva. La con-

ciencia es el caos de las quimeras, de los apetitos desordenados y de las tentativas, la hornaza de los sueños y de varios, el antro de las ideas que nos avergüenzan; es el pandemonium de los sofismas, el campo de batalla de las pasiones. Penetrad en ciertas horas al traves del rostro vivido de un sér humano que reflexiona, y mirad détras, mirad en aquella alma, mirad en aquella oscuridad. Bajo el silencio exterior, hay allí combates de gigantes como en Homero, luchas de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton, espirales visionarias como en Dante. ¡Sombria cosa es este infinito que todo hombre lleva en sí mismo, y por el cual mide con desesperacion las voluntades de su cérebro y las acciones de su vida!

Alighieri encontró un dia una puerta siniestra ante la cual vaciló. Hé aqui otra puerta tambien ante nosotros, en cuyo umbral vacilamos. Entremos sin embargo.

Poco tendremos que añadir á lo que ya conoce el lector de lo sucedido á Juan Valjean desde la aventura de Gervasio. Segun se ha visto, á partir de aquel momento fué ya otro hombre. Lo que el obispo quiso hacer de él, él lo ejecutó. Fué esto más que una transformacion, fué una transfiguracion.

Logró desaparecer, vendió la plata del obispo conservando solamente los candeleros, como un recuerdo, deslízose de pueblo en pueblo, atravesó la Francia, llegó á M., donde tuvo la idea que hemos dicho, practicó todo cuanto hemos referido, consiguió hacerse invisible é inaccesible, y en adelante, una vez establecido en M., dichoso de sentir su conciencia entristecida por su vida pasada, y la primera mitad de su existencia desmentida por la última, vivió en paz, con tranquilidad y confianza, sin que abrigara sino dos pensamientos: ocultar su nombre, y santificar su vida; sustraerse á los hombres y volverse á Dios.

Tan intimamente unidos y enlazados se hallaban en su

espíritu estos dos pensamientos, que no formaban sino uno solo; siendo ambos igualmente absorbentes é imperiosos, y dominando hasta sus menores acciones. Generalmente hallábanse ellos de acuerdo para arreglar la conducta de su vida; le inclinaban hácia la sombra, le hacian benévolo y sencillo; le aconsejaban siempre los dos en el mismo sentido. Á veces sin embargo habia conflicto entre ellos. En este caso, como recordará bien el lector, el hombre á quien todo el pueblo de M. apellidaba el señor Magdalena, no vacilaba nunca en sacrificar el primero al segundo, su seguridad á su virtud. Así, en despecho de toda reserva y de toda prudencia, habia guardado los candeleros del obispo, llevado luto por la muerte de su bienhechor, llamado é interrogado á todos los saboyanos, que por allí pasaban, perdido noticias y datos acerca de las familias de Faverolles, y salvado la vida al viejo Fauchelevent, á pesar de las peligrosas insinuaciones de Javert. Como ya lo hemos notado, parecia que él pensaba, á ejemplo de todos los que han sido sabios, santos y justos, que su primer deber no era para consigo mismo.

No obstante, preciso es decir que jamas se habia presentado nada comparable con lo que ahora sucedia.

Nunca habian empeñado las dos ideas que gobernaban á este hombre desgracia: cuyos sufrimientos referimos, una lucha tan formal y tan grave. Él lo comprendió confusamente, pero profundamente tambien, desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su gabinete. En el momento en que, de una manera tan extraña, fué articulado aquel nombre que él habia procurado enterrar bajo tantas espesuras, hallóse sobrecogido de estupor y como trastornado por la siniestra rareza de su destino; y en medio de este estupor, sufrió aquel estremecimiento que precede á las grandes sacudidas; se encorbó como una encina al aproximarse la tormenta, como un soldado

al acercarse el momento del asalto. Sintió que venían á descargar sobre su cabeza sombras llenas de rayos y relámpagos. Mientras que estaba escuchando á Javert, tuvo un primer pensamiento, de ir, de correr á delatarse, sacar de la cárcel á aquel Champmathieu y sustituirse él en ella : esto fué para él doloroso y punzante como una incision hecha en la carne viva ; pero despues pasó esta idea, y se dijo : ¡ Veamos ! ¡ veamos ! — Reprimió este primer movimiento generoso, y retrocedió ante el heroísmo.

Habría sido hermoso sin duda que despues de las santas palabras del obispo, despues de tantos años de arrepentimiento y de abnegacion, en medio de una penitencia admirablemente comenzada, aquel hombre, áun en presencia de tan terrible coyuntura, no hubiese tropezado un instante, y hubiera continuado marchando, al mismo paso, hácia este precipicio abierto enfrente de él, y en cuyo fondo estaba el cielo. Esto habria sido hermoso, decimos; pero no fué así. Es menester que demos cuenta de las cosas que sucedian en aquella alma, y no podemos decir sino lo que en ella habia. Lo que prevaleció ante todo fué el instinto de la conservacion ; reunió á toda prisa sus ideas, ahogó sus emociones, consideró la presencia de Javert, aquel gran peligro, aplazó toda resolucion con la firmeza del terror, se aturdió sobre lo que convendría hacer, y recobró su calma como un luchador recoge su escudo.

Durante el resto del día hallábase en este estado, un torbellino en el interior, y una tranquilidad profunda en el exterior ; no tomando sino lo que pudiera llamarse « las medidas conservatorias. » Todo era confuso aún y se entrechocaba en su cerebro ; siendo tal la turbacion, que no veia distintamente la forma de ninguna idea ; y aún él mismo no habria podido decir nada de sí mismo, sino que acababa de recibir un gran golpe. Fué como de costumbre junto al lecho de dolor de Fantina y prolongó su visita,

por un instinto de bondad, diciendose que era menester obrar así y recomendarla bien á las hermanas, para el caso en que sucediese que tuviera que ausentarse. Sintió vagamente que tal vez convendria ir á Arras ; y sin hallarse enteramente decidido á hacer este viaje dijo para sí que, al abrigo de toda sospecha como él estaba, no habia inconveniente en ser testigo de lo que allí pasara ; y retuvo el tilbury de Scaufflaire, á fin de hallarse preparado á todo evento.

Comió con buen apetito.

Entrado en su aposento, se recogió.

Púsose á examinar la situacion, y la halló inaudita, de tal modo inaudita, que en medio de sus sueños, por no sé qué impulso de ansiedad casi inexplicable, se levantó de su sillón y echó el cerrojo á la puerta. Temia no entrara áun álguien ; y se atrincheraba contra lo posible.

Un momento despues dió un soplo á la luz, que le incomodaba.

Le parecia que pudieran verle.

¿ Pero quién ?

¡ Ah ! lo que él queria echar á la calle habia entrado ; lo que queria cegar, le miraba. Era su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

Sin embargo, en el primer momento, se hizo ilusion ; tuvo un sentimiento de seguridad y de soledad ; una vez echado el cerrojo, se creyó inexpugnable ; apagada la luz, creyóse invisible. Entónces tomó posesion de sí mismo ; apoyó los codos sobre la mesa, y la cabeza en sus manos, y se puso á soñar en las tinieblas.

— ¿ Á qué altura me encuentro ? — ¿ Es que no estoy soñando ? — ¿ Qué es lo que me han dicho ? — ¿ Es verdad que yo he visto á ese Javert y que él me ha hablado de esa suerte ? — ¿ Qué puede ser ese Champmathien ? — ¿ Conque se parece á mí ? — ¿ Será posible ? — ¡ Cuando

pienso que ayer estaba yo tan tranquilo y tan ajeno de figurarme nada de esto! — ¿Qué estaba yo haciendo ayer á la misma hora? — ¿Qué hay en este incidente? — ¿Qué desenlace tendrá? — ¿Qué hacer?

Hé aquí la tormenta que le agitaba. Su cerebro había perdido la fuerza de retener las ideas, las cuales pasaban como las olas del mar; y él se apretaba la frente con ambas manos para detenerlas.

En este tumulto que trastornaba su voluntad y su razón, y del cual procuraba él sacar una evidencia y una resolución, nada se destacaba sino la angustia.

Su cabeza abrasaba. Dirigióse á la ventana, y la abrió de par en par. No había estrellas en el cielo. Volvió á sentarse junto á la mesa.

Así transcurrió la primera hora.

Poco á poco, sin embargo, ciertos lineamentos vagos empezaron á formarse y á fijarse en su meditacion, y pudo entrever, con la precision de la realidad, no el conjunto de la situacion, sino algunos detalles.

Empezó por reconocer que, por más crítica y extraordinaria que fuese aquella situacion, él era enteramente dueño de ella.

Esto no hizo otra cosa que aumentar su estupor.

Independientemente del fin, severo y religioso, que se proponian sus acciones, todo cuanto él habia hecho hasta aquel día no era otra cosa que un hoyo que habia practicado y ahondado más y más cada vez, para enterrar en él su nombre. Lo que más habia temido él siempre, en sus horas de recogimiento en sí mismo, en sus noches de insomnio, era el oír pronunciar aquel nombre; decíase que esto sería para él el fin de todo; que el día en que reapareciera aquel nombre, haria desvanecer en derredor suyo su nueva vida, y, ¿quién sabe? áun tal vez, en su interior, su nueva alma. Y se estremecía á la sola idea de

que esto fuese posible. Ciertamente, si álguien le hubiera dicho en aquellos momentos que llegaría una hora en que tal nombre resonaría en sus oídos; en que este horrible nombre, Juan Valjean, saldría de repente de la oscuridad y se erigiría en su presencia; en que esta luz formidable creada para disipar el misterio con que él se cubría, resplandecería súbitamente sobre su cabeza; y que aquel nombre no le amenazaría; que aquella luz no produciría sino una oscuridad más densa; que aquel velo desgarrado aumentaría el misterio; que aquel terremoto consolidaría su edificio; que aquel prodigioso incidente no tendría otro resultado, si le parecía bien á él, que el de hacer su existencia más clara y más impenetrable á la vez; y que de su confrontacion con el fantasma de Juan Valjean, el bueno y digno patricio, señor Magdalena, saldría más honrado, más tranquilo y más respetado que nunca; — si álguien, decimos, le hubiera dicho esto, habría él meneado la cabeza y mirado estas palabras como insensatas. ¡Pues bien! todo esto acababa de suceder precisamente; todo este cúmulo de imposibles era un hecho positivo; Dios habia permitido que estas cosas desvariadas fuesen cosas reales!

Su delirio continuaba esclareciéndose; dándose él, cada vez más acertadamente, cuenta de su situacion.

Parecía que acababa de despertar de no sé qué letargo, y que se hallaba como resbalando sobre una pendiente, en medio de la noche, de pié, temblando, retrocediendo en vano, sobre el borde extremo de un abismo. Allá en la sombra, entreveía distintamente un desconocido, un extranjero, á quien el destino tomaba por él, y le arrojaba al precipicio, en lugar suyo. Era indispensable, para que el precipicio se cerrara, que alguno de los dos cayese en él.

Á él no le incumbía otra cosa que dejar seguir la corriente.

Al.

fué completa, y se hizo él á sí mismo

esta confesion: — Que su puesto se hallaba vacío en el presidio; que por más que hiciera, le estaba siempre esperando; que el robo de Gervasio le llamaba allí; que aquel puesto vacío le esperaría y le atraería hasta que estuviese en él, lo que era inevitable y fatal. Y despues se dijo: — Que en aquel momento habia tenido un reemplazante: que parecia que un tal Champmathieu tenía esta mala suerte; y que, en cuanto á él, representado en presidio, en lo sucesivo, por la persona de aquel Champmathieu, presente en la sociedad bajo el nombre del señor Magdalena, nada tenía ya que temer, con tal que no impidiese á los hombres el sellar sobre la cabeza de Champmathieu aquella piedra de la infamia que, como la losa del sepulcro, cae una vez y no se levanta jamas.

Todo esto eran tan violento y tan extraño, que súbitamente se operó en él esa especie de movimiento indescribible que ningun hombre experimenta más de dos ó tres veces en su vida, especie de convulsion de la conciencia que remueve las dudas, que agita el corazon, que se compone de ironía, de alegría y de desesperacion, y que podría llamarse una carcajada interior.

Volvió á encender bruscamente su bujía.

— Ea bien, ¿qué se dijo, ¿de qué tengo yo miedo? ¿qué es lo que me obliga a desvariar y á delirar de este modo? ¡héteme ya salvo! todo ha concluido. Yo no tenía sino una puerta entreabierta por la cual podia mi vida pasada hacer irrupcion en mi vida presente; y esa puerta, ¡vedla ya tapiada! ¡y para siempre! Ese Javert que me incomoda y me acosa hace tanto tiempo, ese formidable instinto que parecia haberme adivinado, que me habia adivinado, ¡pardiez! y me seguia por todas partes, ese alano horroroso siempre en parada hácia mí, vedle ya, perdido el rastro, ocupado en otra parte, completamente desorientado! De hoy más, ya queda satisfecho, me dejará tranquilo, ¡tiene

su Juan Valjean! Quién sabe? aun es probable que quiera abandonar el pueblo! Y todo esto se ha hecho sin mí! ¡Y yo no entré por nada en ello! ¡Ah! pero examinemos! ¿Qué es lo que hay en esto de desgraciado? Por mi honor que, ciertas gentes, al verme, creerian que me ha sucedido alguna catástrofe? Sobre todo, si algun mal hay para álguien, yo no tengo la menor culpa de ello. La Providencia es la que todo lo ha dispuesto y todo lo ha hecho así. Sin duda, es que ella así lo quiere! ¿Tengo yo derecho para desarreglar lo que ella arregla? ¿Qué es lo que pido ahora? De qué es de lo que voy á ocuparme? Eso no me importa. ¡Cómo! ¡No estoy contento! ¿Pero qué es lo que puedo apetecer? El fin al cual aspiro tantos años há, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones y de mis súplicas al cielo, la seguridad, la obtengo! Dios es quien lo quiere. Nada tengo que hacer contra la voluntad de Dios. ¿Y por qué Dios lo quiere? Para que continúe la obra que he empezado; para que haga el bien; para que sea yo un dia un grande y animoso ejemplo de estímulo; para que se diga que ha habido al fin un poco de dicha unida á esta penitencia que he sufrido y á esta virtud á la cual me he consagrado! En verdad que no comprendo por qué tuve miedo hace poco de entrar en casa de ese buen cura, de referirle todo como á un confesor, y de pedirle consejo; es evidente que él me habria dicho esto mismo. Es asunto decidido, dejemos marchar las cosas! dejemos obrar á Dios!

Así se hablaba él en las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que pudiéramos llamar su propio abismo. Levantóse de su silla y se puso á pasear por el cuarto. — ¡Vamos! dijo, no pensemos ya más en esto. ¡Es una resolucion adoptada! — Pero no experimentaba gozo alguno.

Al contrario.

No es más fácil impedir que el espíritu vuelva á una idea que el que vuelva el mar á la playa. Para un mari-

nero se llama esto la marea; para el culpable, aquello se llama el remordimiento. Dios agita al alma como agita al Océano.

Al cabo de algunos instantes, por más que hizo, comenzó de nuevo aquel diálogo sombrío en el cual él era al mismo tiempo quien hablaba y quien escuchaba, diciendo lo que habría querido callar, escuchando lo que no habría querido oír, cediendo en fin á esa misteriosa potestad que le decía: ¡Piensa! como decía ella misma, haciendo mil años, á otro condenado: ¡Anda!

Antes de pasar más adelante, y á fin de que se nos comprenda enteramente, insistiremos en una observacion necesaria.

No cabe duda en que á veces se habla uno á sí mismo; no hay un solo sér que piense y que no haya experimentado este fenómeno. Y aun puede decirse que nunca es el Verbo un misterio más magnífico que cuando va, en el interior del hombre, del pensamiento á la conciencia, para volver despues de la conciencia al pensamiento. En este sentido solamente es como deberán entenderse las palabras, á menudo empleadas en este capítulo, *dijo, exclamó, etc.*; se dice uno, se habla, se exclama á sí mismo, sin que por eso se rompa el silencio exterior. Hay un gran tumulto; todo habla en nosotros, excepto la boca. Las realidades del alma, no por dejar de ser visibles y palpables, dejan de ser realidades.

Preguntóse, pues, á qué altura se hallaba. Se interrogó sobre aquella « resolución adoptada. » Se confesó á sí mismo que todo cuanto acababa de combinar y de arreglar en su espíritu era monstruoso: que « dejar marchar los sucesos, dejar obrar á Dios solo, » era ciertamente una cosa horrible. Dejar que se cumpliera aquel engaño del destino y de los hombres; no impedirlo; prestarse á ello con su silencio; no hacer nada en fin, era hacerlo todo!

era el último grado de indignidad hipócrita! era un crimen bajo, vil, solapado, ábyecto, horrendo!

Por primera vez, despues de diez años, acababa de experimentar este desgraciado el amargo sabor de un mal pensamiento y de una mala accion.

Y le arrojó de sí con repugnancia.

Prosiguió interpellándose. Preguntóse severamente, qué es lo que él habia entendido por estas palabras: « Mi objeto está logrado! » Declaróse que su vida tenía, en efecto, un fin, un objeto. ¿ Pero qué objeto? ¿ ocultar su nombre? ¿ engañar á la policia? por ventura, todo cuanto él habia hecho, era motivado por una cosa tan pequeña? no tenía él otro objeto, que era el grande, que era el verdadero? Salvar, no su persona, sino su alma. Hacerse honrado y bueno. ¡ Ser un justo! ¿ no era esto sobre todo, únicamente esto, lo que él habia querido siempre, lo que le habia ordenado el obispo? — Cerrar la puerta á su existencia pasada? Pero si así no la cerraba, gran Dios! sino que volvía á abrirla cometiendo una accion infame! pero si volvía á ser un ladron, y el más odioso de los ladrones! pues robaba á otro su existencia, su vida, su paz, su puesto al sol! ¡ se convertía en asesino! mataba, mataba moralmente á un desdichado, infligiéndole aquella muerte viva y afrentosa, aquella muerte á cielo raso que llaman el presidio! al contrario, entregarse, salvar á aquel hombre víctima de tan lúgubre error, recobrar su verdadero nombre, volver á ser, por deber, el galeote Juan Valjean; era verdaderamente consumir su resurreccion, y cerrar para siempre el infierno de donde salía! Caer de nuevo en él en apariencia, era salir de él en realidad! preciso era hacer esto! y nada habia hecho él si no hacia esto! toda su vida era inútil, toda su penitencia perdida. No habia más que decir: ¿ y para qué? Sentía que el obispo estaba allí; que el obispo se hallaba tanto más presente cuanto que estaba muerto;